

En las tierras del oeste

A principios de abril, la temperatura descendió bruscamente y cesaron las lluvias. En toda la extensión del Labrador y en los campos de Nueva Inglaterra debía haber comenzado la primavera, pero esa combinación de frío y sequedad impidió el avance de la vegetación. Los campos seguían yermos, los árboles seguían deshojados, los pastizales estaban resecos. A lo largo del mes el alimento para el ganado empezó a escasear de tal manera que todo el heno de la provincia se agotó y hubo que destinar a las reses el maíz reservado para consumo humano.

Ya bien entrado mayo, la situación no había cambiado. La primavera seca y fría tenía inquietos a los granjeros y a los comerciantes, pero nadie esperaba aún lo que ocurrió. Fue el 12 de mayo cuando una onda fría avanzó por el noreste desde las bocas del San Lorenzo, donde se alimentan las ballenas azules, y llevó heladas súbitas al sur hasta Virginia y Pensilvania y al oeste hasta la bahía del Trueno. En la noche del 12 la ciudad de Quebec estaba helada otra vez como en diciembre, y el 14 amaneció completamente cubierta de nieve. Entonces todo un sistema de tormentas se instaló sobre el valle del río San Lorenzo.

«Un coletazo del invierno», dijeron los vecinos, y así parecía ser, porque poco después la niebla y una lluvia suave mejoraron el ánimo de los granjeros y el aspecto de los campos. Los diarios de Quebec registraron complacidos el 30 de mayo que la primavera por fin parecía llegar.

Un leve aumento de las temperaturas hizo brotar el trigo y las alverjas del suelo apenas húmedo, los prados empezaron a reverdecer, dos o tres días después almendros y ciruelos estallaron en flores rosadas y blancas, y las primeras hojitas doradas asomaron en todas las ramas.

Fue entonces cuando llegó la segunda helada. Un aire frío de temperatura polar pasó con grandes vientos hacia el sur, azotando las costas arenosas de New Haven, los caminos de agua de Kingston y los laberintos marinos de Rhode Island; la nieve cubrió otra vez la provincia de Quebec, y en el río se formó una capa de hielo de media pulgada. Los árboles frutales se estancaron, la miel del otoño siguiente se malogró en los arces, los maizales se secaron de frío, las flores cayeron con el viento y, como en un verso de Milton, los últimos arañazos del invierno arrasaron los primeros brotes de la primavera.

La segunda oleada se alejó. La mole de aire helado perdió su fuerza a medida que se apartaba del litoral y derivaba por el continente. El país era pequeño entonces, pero más allá había un mundo inconquistado donde podían perderse las tempestades: praderas con aldeas de tiendas cónicas, de las que saltaban sobre potros de grandes manchas los dakotas armados, expertos en diezmar las manadas continentales y vender a los colonos de la Northwest Company las pieles y el *pemmican*: carne rebanada de bison que maceraban con cerezas y secaban al sol.

El soplo que siguió era más suave, casi dulce, así fuera por contraste con el frío reciente, y los labios de los granjeros pronunciaron a su modo el verso agradecido que después nos daría Wordsworth: *Hay bendiciones en esta suave brisa*. Sin embargo, algo más inusual y peor se cernía sobre Nueva Inglaterra.

El 4 de junio ya tiritaban los pájaros. El 5, una ola de frío severísimo cayó sobre el país, precipitando heladas en los campos. Los abrigados bisontes se echaban en la nieve resoplando un vapor tibio, y ya no querían levantarse. Sobre Quebec al principio llovía, pero la caída brusca de la temperatura cambió en granizo las lluvias tempranas. Según nos ha contado Keith C. Heidorn, vigilante del clima, el día 6 de junio Nueva York estaba totalmente cubierta de nieve y durante todo el día 7 la nieve borró el mundo.

Casi debía comenzar el verano. Lo que comenzó en cambio fueron los diez días más fríos del año, y algunos en su desesperación dijeron que eran las semanas más frías del siglo. Pero el siglo era joven y hoy sabemos que lo que ocurría era más grave: estaba llegando el verano de 1816, el verano más frío de todo el milenio.

Las noches fueron del hielo, empezaron a morirse las aves, y murieron las ovejas recién esquiladas porque nadie podía prever que aquel año despojarlos de su lana resultaría mortal para los rebaños. El maíz, la cebada, las papas, los nabos, todo fue pasado a cuchillo por aquel frío que sepultaba al mundo; los frutales que habían comenzado a florecer estaban saqueados y su producción destruida. De los manzanos y los durazneros pendían agujas de hielo, los frijoles exprimidos se secaron en sus vainas, los siguieron la soya y el pepino, el amaranto y la calabaza. Casi todas las granjas dependían del ganado, pero desde el año anterior la producción de heno había sido mínima, y todo el norte de Nueva Inglaterra, devastado por las heladas sucesivas, empezó a padecer los efectos del hambre.

El anómalo invierno añadía a las incomodidades de esa estación el desastre de que nada estuviera preparado para

afrontarlo. A la escasez de alimentos se sumaban las dificultades del transporte, y este frío desordenado sorprendió a todo el mundo sin reservas, sin acopio de granos y sin leña. Todo el *pemmican* de los viejos veranos se consumió en semanas.

Los pájaros y los mapaches, los osos, los ciervos y las ardillas parecían correr sin rumbo por los campos. Al comienzo sólo pareció que los osos eran más invasores, los mapaches más fisgones, los zorros más ladrones y las ardillas más indiscretas, pero después desfallecían cuando los encontraba el frío sorpresivo, morían a la vista de las gentes como no ocurre casi nunca. Hasta los infalibles salmones, que remontan las cascadas a finales de la primavera, parecieron perder el sentido del rumbo.

En los últimos días de julio el paisaje seguía tan desolado como a comienzos de marzo, con el agravante de que los días de invierno suelen ser luminosos y de cielos azules, y este fue un julio de cielos cerrados con nubarrones plomizos y negros, con oscuras bandadas entristeciendo los horizontes, y hasta los sonidos más frecuentes de los bosques, gritos de pájaros, ulular de lechuzas y aullidos de lobos, se hicieron más lúgubres a medida que se sucedían los frentes de hielo.

En el Lejano Oriente

Era el año de la rata de 4513, y acababa de pasar en la China la Rebelión del Loto Blanco, que le costó al imperio doscientos millones de onzas de plata, el equivalente de cinco años de tributos. Como un último ramalazo de aquella rebelión, la secta de los Ocho Trigramas se sublevó contra el trono y avanzó con pasos sangrientos hacia la Ciudad Prohibida, provocando en su campaña setenta mil muertos en las provincias. La secta fue derrotada, y una hilera de horcas ilustró a los viajeros sobre la severidad de la justicia imperial.

Una embajada de setenta y cinco ingleses, encabezados por lord Amherst, vio al pasar esas horcas mientras procuraba ser recibida por el emperador Jiaqing, quien se oponía con firmeza a los negocios turbios de los británicos en China. Amherst finalmente no pudo ver al señor de los cielos, fue despedido sin cortesía porque se negó a realizar el *kowtow*, a arrodillarse con su séquito ante el emperador, y emprendió un azaroso regreso que incluiría un naufragio en aguas del mar Amarillo, una entrevista con el afantasmado Napoleón en Santa Elena y un helado recibimiento en Londres, pues su orgullo había malogrado florecientes negocios.

Justo por aquellos días, atendiendo a los reclamos de su pueblo, el emperador Jiaqing se había visto obligado a dictar a los amanuenses un decreto que condenaba a su ministro Huong a beber una copa fatal de zumo de ador-

mideras, e Inglaterra tenía su parte de responsabilidad en esa historia.

Habitados a importar de la China mercancías exóticas, y endeudados de un modo excesivo, los británicos habían encontrado una manera infame de pagar la deuda sin gastar sus reservas de oro: vender a los chinos el opio que cultivaban en Turquía y en la India británica. Era un negocio feliz para los ingleses, pero hundía a los chinos en la degradación y en la ruina, y acababa de revelarse que el ministro Huong, sacrificando la salud de su pueblo, se había aliado con los extranjeros en esa maniobra oprobiosa.

El opio visionario era la peste del Imperio y Jiaqing no entendía cómo, mientras la China exportaba a Rusia y a Europa sólo bienes sofisticados: algodón, té verde y té de flores, seda, porcelana, juguetes ingeniosos, flores artificiales, resplandecientes pieles de tigre y tenebrosas pieles de pantera, arroz, almizcle, ruibarbo y sustancias para teñir, Inglaterra quería pagarles con una sustancia perversa que entorpecía las mentes y anulaba las voluntades.

Jiaqing se disponía a prohibir para siempre la venta de opio y la costumbre maldita de fumarlo, cuando llegó la noticia de que el clima había enloquecido en todas las provincias. En el registro de las dinastías, desde los tiempos remotísimos del Emperador Amarillo, no existía memoria de una primavera tan fría.

Desde las montañas del Tíbet, el Tuotuo, el río de los glaciares, descendió con más agua que nunca hasta el lugar donde se convierte en Dangqu o río de los pantanos. Las lluvias arreciaron sobre las pendientes donde el caudal lleva ya el nombre de Tongtian, o río que pasa por el cielo. Al llegar a la Garganta del Salto del Tigre, donde el

caudal se encajona entre laderas que alcanzan dos mil metros de altura, ya era una muralla en movimiento, y al convertirse en Jinsha, o río de las arenas de oro, se desbordó en avalancha. Era una fuerza incontenible y mortífera cuando, convertido en Yangtsé, inundó las planicies de la China central y se deslizó como mole de fango hacia los puertos.

Más de un millón y medio de personas vivía en el puerto de Shangai, cerrado aquellos días con mil barcos adentro, y el caudal inundó la ciudad dejando millares de casas bajo el agua. Nadie contó los muertos, pero en esas regiones todo se mide por miles y por cientos de miles. Informes de los funcionarios del emperador decían con alarma que sobre los techos sumergidos pasaban flotando hinchados e incontables cuerpos de búfalos. La intemperie, la lluvia, la falta de alimentos y la mortandad desataron oleadas de peste.

Una nueva inundación, esta vez en el río Amarillo, ahogó a cien mil personas, un huracán devastó la ciudad de Pekín, gran parte de la costa oriental fue barrida por las olas del mar y el emperador mismo sucumbió a las irregularidades del clima. Aunque muchos cronistas sostienen que su muerte se debió al dolor que le causaba la desolación de su imperio, la verdad es que el invierno, que había provocado la muerte de dos de sus seis concubinas, también descargó su furia sobre la cabeza del reino, y en un día de borrascas un rayo cayó sobre la tienda de campaña de Jiaqing, que inspeccionaba el desastre, y sin pleitesía alguna dejó al emperador convertido en un leño humeante.

Nadie pareció saber entonces a qué se debían el frío extremo, la escarcha en pleno junio, la oscuridad de los

días, los colores extravagantes y temibles de los atardeceres, la tempestad repetida en los lagos, las nubes ne-grísimas suspendidas sobre los países, el hemisferio de frío y penumbra en que se había convertido el cielo septentrional.

Ahora lo sabemos. Sabemos qué sombra cubrió la península de Indochina, entendemos el desbordamiento del Yangtsé y la muerte de innumerables búfalos, rastreamos la epidemia de cólera que desataron las inundaciones del Ganges. No resultan ya inexplicables el frío y la oscuridad que cubrieron el Oriente Medio y ensombrecieron los Balcanes y los puertos de Grecia. Acompañamos con dolor pero sin angustia a quienes vieron cómo el verano de 1816 se convertía en un solo azote de frío desde los litorales de China hasta las más inaccesibles comarcas de Nueva Inglaterra.

Viajando en carruajes accidentados y sucesivos de Londres a Roma, William Turner pintó en sus cuadernos de viajero atardeceres como muros ensangrentados, con manchas de morado y de barro. En aquel tiempo murieron más pájaros que nunca porque se quemaron de frío todas las bayas y todas las cerezas, y como suele ocurrir en los cambios abruptos del clima, bandadas enteras se abatían de pronto sobre los campos, nubes de estorninos perdían la orientación, mirlos amarillos llovían como guijarros, los tejados amanecían punteados de pájaros muertos.

En los campos devastados por las guerras napoleónicas los huesos de los soldados no descansaron en paz, y el hambre y la muerte, pesadillas de Brueghel, cubrieron los países. Terminado el período que debió corresponder a la primavera, las gentes se sentaron a esperar el verano, pero el verano no llegó a ningún lugar en todo el norte de este mundo.

Tal vez sólo un hombre habría sido capaz de adivinar entonces la causa de que el verano no llegara, de que 1816 fuera el año más helado del siglo y quizá del milenio. Precisamente en Nueva Inglaterra, donde el clima agostaba los trigales y enfermaba las granjas, poco antes un sabio había tenido un atisbo genial sobre la causa de las mutaciones del clima, que la humanidad atribuyó siempre a la suerte, a la ira divina o al dictado de los astros aciagos.

Hace poco un periodista de la *Boston Gazette* encontró en el diario de Benjamin Franklin, en una entrada correspondiente al mes de junio de 1784, estas palabras: «Es posible establecer una relación directa entre las temporadas de frío anormal, los años sombríos y la actividad volcánica».

Esa observación era como un rayo de luz en la noche. La sabiduría les habría podido ofrecer aquel año a los habitantes de Nueva Inglaterra su modesto consuelo, pero por desgracia el viejo sabio había muerto en 1790, y así como Thomas Jefferson registró en su diario el frío extremo que atormentaba a Norteamérica en los meses centrales de 1816, quizá sólo Franklin, de haber vivido todavía, habría podido escribir en el suyo: «En algún lugar de la Tierra debió de producirse una erupción volcánica».